

## Homilía 13 de junio Undécimo Domingo del Tiempo Ordinario, Año B

Nuestras lecturas dominicales retoman de manera "ordenada" el Evangelio según San Marcos. La última vez que lo leímos, antes de que comenzara la Cuaresma, era el sexto domingo del tiempo ordinario. Terminamos la lectura del capítulo primero con la curación de un leproso por parte de Nuestro Señor. Hoy es el undécimo domingo, dos capítulos y medio después. Este sería un buen momento para leer los capítulos dos, tres y cuatro, con el fin de tener una idea de dónde estamos en nuestro viaje a través de Marcos.

==\_==\_==\_==

Escuchamos dos parábolas sobre el Reino que fueron contadas por Cristo a las multitudes que venían a escucharle. Acababa de explicar a sus discípulos más cercanos por qué enseña utilizando parábolas, y la explicación parece tan misteriosa como las parábolas. Les dice que los que aceptan la luz de sus enseñanzas, aunque no las entiendan del todo, recibirán más tarde la comprensión, y también un aumento de la iluminación.

Somos miembros del Cuerpo de Cristo. Pero en nuestras propias vidas siempre estamos caminando en ese lugar de ser a veces parte de las multitudes confundidas que necesitan las historias de Jesús, y a veces en su círculo interno de discípulos que han tenido el significado de sus enseñanzas cada vez más claro con el tiempo.

==\_==\_==\_==

Hoy me voy a centrar en la primera parábola. Alguien está sembrando la semilla. La semilla brota y crece, sin que el hombre lo entienda.

Científicamente sabemos más que los agricultores de hace dos mil años, ya que tenemos el conocimiento acumulado de sus experiencias y de muchas otras generaciones. Sin embargo, nuestra experiencia personal es la misma que la de ellos. Y en cuanto a mis propios conocimientos, aunque tengo acceso a muchas más descripciones biológicas de lo que ocurre con las flores y los árboles y los frutos y el cultivo de cereales, sé menos que un agricultor de la época de Jesús. Todo lo que sé es semilla, tierra, agua y sol.

Seguimos plantando cultivos y haciendo todo lo que podemos para ayudar al crecimiento. Pero nosotros no somos los encargados. La cosecha será la que sea.

Jesús dice que así es el Reino de Dios.

He escuchado estos dichos tan a menudo que tengo que parar en este punto y recordarme la novedad de las palabras de Cristo.

Un reino es una nación. Un reino es un pueblo, que se mantiene unido y se expande por medio de la regla, la fuerza y los ejércitos. El pueblo hebreo tenía memoria de ser un reino. Y tenían memoria de haber sido oprimidos por reinos más poderosos. Jesús caminó por la tierra en una época en la que eran súbditos del Imperio Romano. Eran un pueblo ocupado.

Los reinos usaron imágenes como las que se encuentran en nuestra Primera Lectura hoy en día: se comparó a sí mismos con árboles poderosos, no con granos o arbustos. Dios es todopoderoso. Por lo tanto, hablar del Reino de Dios debe ser sobre la majestad y la gloria y los terremotos.

Y Jesús habla del Reino en términos de acontecimientos cotidianos y no excepcionales. Él recuerda a sus oyentes que Dios mueve de forma misteriosa. Dios toca los corazones y da palabras a los profetas y actúa en las langostas y el maná y el agua que sale de una roca.

=\_=\_=\_=\_=

El sembrador de la parábola hace su parte. Es una parte importante. Si quiere una cosecha, no recoge de las plantas silvestres del bosque. Tiene que trabajar.

Pero el crecimiento de las plantas escapa al control del agricultor. Incluso si es capaz de controlar algunas partes del proceso, como la calidad de la semilla, o poner fertilizante en el suelo, o regar el campo. Incluso en ese caso, gran parte está fuera de su alcance. Una gran parte de los resultados pertenece a la planta. Y TODO pertenece a Aquel que hizo tanto al sembrador como a la semilla. La cosecha tiene lugar de una manera que va más allá de las capacidades del jardinero.

Y así, nos dice el Señor, es cómo funciona el Reino de Dios.

=\_=\_=\_=\_=

Llegados a este punto, la cuestión es qué dirección tomar en nuestra reflexión. ¿Se utilizan algunos ejemplos de cuidado del medio ambiente y de atención a los vulnerables como ejemplos de la evangelización? ¿O se utiliza el crecimiento del Reino -en los corazones de los creyentes y en el número de creyentes- como base para amar a los demás y ser buenos administradores del mundo?

El misterio de nuestra fe es que Dios quiere que entendamos que todos estos han de ser nuestros objetivos. El Reino de Dios abarca toda nuestra persona, y por tanto todas nuestras interacciones en la vida.

Debemos ocuparnos de nuestros asuntos. Y Cristo nos ha dicho cuál es nuestro negocio. Debemos compartir el evangelio, bautizar a las naciones, amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, poner la otra mejilla, perdonar, alimentar al hambriento, ser humildes y amar como Él nos ama. Y más.

Si hacemos todo eso, estamos haciendo nuestro trabajo. Pero si lo hacemos, y lo hacemos bien, podemos impacientarnos. Podemos empezar a pensar que todo el mundo tiene que responder a nuestro horario. Podemos tener la tentación de sentirnos orgullosos cuando las cosas van según lo previsto, o desesperarnos cuando no lo hacen.

Para ello, recordemos la parábola. El Reino es como la semilla. Nosotros hacemos nuestra parte, pero Dios se lleva el crédito, y es según el plan de Dios. Dios hará que funcione aunque no sepamos cómo.

==\_==\_==\_==

Así, hacemos nuestra parte para mantener el medio ambiente seguro para las generaciones futuras. Así, hacemos nuestra parte para respetar a los demás y respetar la vida. Como viene diciendo el Santo Padre desde hace años, debemos hacer la conexión para que los demás sepan que el lenguaje ambiental de los ecosistemas puede ser utilizado de forma coherente para hablar de la persona humana y de las relaciones personales y sexuales de hombres y mujeres y de la dignidad de la vida humana.

Es fácil sentirse desanimado en medio de la defensa de la vida y la lucha contra la injusticia y la búsqueda de la paz cuando no vemos los resultados. Incluso después de décadas.

En esos momentos es bueno mirar también la primera lectura de hoy de Ezequiel. El pasaje se refiere a una profecía anterior en el mismo capítulo. Babilonia es representada como un águila que arranca la parte superior del cedro de Israel (en otras

palabras, los líderes) y los exilia en una tierra extranjera. Y ahora Dios también tomará del cedro y lo plantará en Sión (Jerusalén), donde vendrán aves de todo tipo (en otras palabras, todas las naciones). La misma imagen que la segunda parábola de nuestro Señor hoy.

El pueblo de Israel, incluso cuando fue oprimido, hizo lo que pudo, sin ver cómo podía salir algo de ello - Pero Dios lo hizo.

Las iglesias pueden tener grandes misas, predicaciones conmovedoras, maestros inspiradores y retiros increíbles, y no ver ningún crecimiento o cambio de corazón visible. Pero Dios sigue actuando durante ese tiempo, aunque no sepamos cómo.

Está el ejemplo perpetuo de Santa Mónica. Rezó durante décadas por la conversión de su marido y de sus hijos. Y se convirtieron. Uno de ellos, su hijo Agustín, aún nos enseña a través de sus escritos mil seiscientos años después.

Dios toma la pequeña semilla que esparcimos y produce una gran cosecha. Si puede ocurrir en mi corazón y en mi mente, puede ocurrir en el mundo.

Así es el Reino de Dios.